

LOS CEMENTERIOS DE PARÍS. EL SEPULCRO DE MORATÍN*

Uno de los objetos más interesantes y que excitan en más alto grado la admiración del viajero en la capital de Francia es sin duda alguna la contemplación y paseo por sus cuatro grandes cementerios extramuros, jardines inmensos y poblados de fúnebres monumentos, que cubren los restos de las pasadas generaciones y que ya por su feliz colocación, ya por su belleza artística, ya, en fin, por los hombres célebres que cobijan, no pueden menos de producir en el ánimo del ansioso visitador un sentimiento profundo de simpatía y de respeto.

Entre aquellas cuatro grandes necrópolis sobresalen por su extensión, por su situación y la multitud y magnificencia de los mármoles, el cementerio del Este, conocido por el del Padre Lachaise, en cuyo inmenso recinto, variados parterres y sombríos bosques se elevan acaso más de sesenta mil recuerdos fúnebres, muchos de ellos verdaderos monumentos artísticos, templetos, obeliscos, columnas, pirámides, urnas y sarcófagos de todos gustos y de riquísima labor y materia, ostentando en sus bases nombres muchas veces célebres y populares en todo el mundo: guerreros ilustres, oradores distinguidos, publicistas famosos, sabios profesores, artistas, escritores y poetas, cuyas obras adquirieron en todos los pueblos cultos derechos de nacionalidad. Allí, en aquel ostentoso y poético recinto, vinieron a pagar su tributo a la madre común los invictos Masséna, Suchet, Fay y Ney; los patriotas Manuel Périer y Benjamin Constant; el naturalista Cuvier, el filósofo La Fontaine; el admirable Molière, el tierno Delille; el simpático Bernardino de Saint Pierre; el cáustico Beaumarchais; el sublime Talma y el pintor del siglo David. Allí, en una preciosa tumba gótica formada con los restos del Paracleteo, reposan los desgraciados amantes Abelardo y Heloísa. Allí las ilustraciones de la república, las glorias del Imperio, los talentos y nobleza de la Restauración. Allí a par de ellos, apartados por la misma tierra y sombreados arbustos, los restos ignorados de los humildes ciudadanos, las virtudes privadas del padre, del esposo, del hermano y del amigo.

Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interés al encontrar frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos levantados a la memoria de sus compatriotas muertos en el destierro, a consecuencia de nuestras largas discordias civiles.

* s. f., «Estudios de viajes. Los cementerios de París. El sepulcro de Moratín», *Museo de las Familias*, V (25 de octubre de 1847), pp. 239-240. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002548017&search=&lang=es>

Algunos fragmentos del artículo se reprodujeron antes en «El sepulcro de Moratín en el cementerio de París», firmado por R[amón] de M[esonero] en el *Semanario Pintoresco Español* (III, núm. 39, 26 de septiembre de 1841, pp. 305-306), y más tarde, ya sin firma, en «El sepulcro de Moratín en el cementerio de París», en *La Ilustración. Periódico universal* (núm. 231, 30 de julio de 1853, pp. 297-298).

Bajo un templete circular de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado don Mariano Luis de Urquijo, que falleció en París el 3 de mayo de 1817 a la edad de 49 años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripción:

*Il fallait un temple à la vertu
un asile à la douleur.*

El embajador duque de Fernán-Núñez, el médico García Suelto, el sabio Morales, el marino Guzmán de Carrión, la marquesa de Arneva y otros varios compatriotas yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan «La isla de los españoles». El príncipe de Masserano, grande de España de primera clase, reposa también allí bajo un noble mausoleo, y a su lado, bajo una lápida que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español con este tierno epitafio:

*Sur ce noble mortel, aucun ruban n'a lui
aucun titre ne le decore;
mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers come lui,
l'Espagne serait libre encore.*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimento del jardín, entre las sombrías calles que corren a la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atención del viajero español por el hombre ilustre a quien está dedicado y por su oportuna colocación inmediata a las tumbas de Molière y de La Fontaine.

Su forma es sencilla, como se ve por el exactísimo dibujo que acompaña a este artículo, reduciéndose a un gran basamento que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción:

Aquí yace
DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN,
*insigne poeta cómico y lírico,
delicias del teatro español,
de inocentes costumbres y de aménísimo ingenio.*
Murió el 21 de junio de 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo, hay elegantes dísticos latinos en esta forma:

*Hic jacet Hesperiae decus immortale Thalia
omnibusque carum patrae lugevit civem.*

*Nec procul hic jacet cuius vestigia secutus
magnus scenae parens, proximus et tumulo.*

Et post fata colit fedus amititia.

MANUEL SILVELA

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en francés:

*Concession à perpétuité, six mètres de terrain.**Sepulture de la famille**Silvela et de leur ami.*

M. L. F. DE MORATIN.

Y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los señores don Manuel Silvela y doña Micaela García de Aragón, su esposa, que yacen también bajo el mismo monumento que elevaron a la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de este inmediatos a la tumba que encierra los del gran Molière, cuyas huellas siguió en vida y en muerte, fue una feliz inspiración, y parece que no dejó de haber inconveniente para realizarla por estar de antemano ocupado aquel sitio con otras tumbas, pero todo fue vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que, reparando el injusto desdén de su patria, acertaron a colocarle al lado de su insigne modelo y del pintor fabulista, del filósofo La Fontaine.

En el dibujo que acompaña a este artículo, ejecutado en el mismo sitio y grabado también en París, se ven las tres tumbas en su exacta posición; en primer término a la izquierda la de Moratín, luego la de La Fontaine, que es una urna sencilla sobre la cual se ve una urna de mármol y la adornan dos relieves que representan las fábulas del lobo y la cigüeña, y el lobo y el cordero. Dos pasos más allá está la de Molière, que no es más que un mezquino templete cuadrilongo terminado en un vaso de mármol adonde acuden los pájaros a apagar la sed. Por último, inmediato a la tumba de Moratín y antes de llegar a ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negro, elevada como una cuarta sobre el piso del jardín, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del «Polo del Contrabandista» y, sobre la lápida, el nombre del distinguido cantor y compositor que allí reposa, Manuel García.

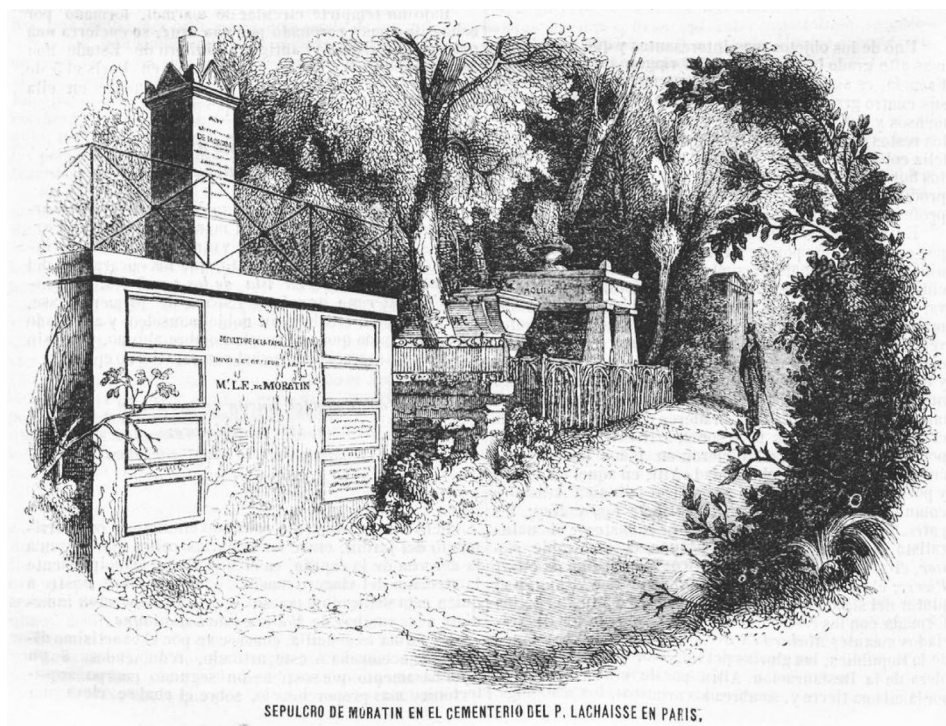


Fig. 5. *Sepulcro de Moratín en el cementerio del Padre Lachaise en París*, p. 240.**

** El grabado que acompaña a este artículo reproduce la lámina que se distribuyó a los lectores del *Semanario Pintoresco Español* en el número en el que se incluía el de Ramón de Mesonero Romanos citado en la primera nota de este texto. Este venía precedido de la siguiente «Advertencia»: «El grabado en madera que acompaña a este artículo, y que representa la vista exacta del sepulcro de Moratín en el cementerio del Padre Lachaise de París, fue mandado ejecutar expresamente en aquella capital a uno de los mejores artistas, sobre un dibujo hecho también en ella a nuestra vista, y del que podemos garantizar la exactitud. Hemos creído oportuno hacer estampar aparte dicho grabado para su mayor lucimiento. Confiamos, pues, que los suscriptores al *Semanario* reconocerán en esta diligencia nuestro constante deseo de hacer interesante esta publicación, aun a costa de crecidos sacrificios pecuniarios» (*Semanario Pintoresco Español*, III, núm. 39, 26 de septiembre de 1841).